

Un nuevo pasado para Cuba

Rafael Rojas

SI ALGO DISTINGUE LA OBRA DEL HISTORIADOR CUBANO Manuel Moreno Fraginals es su pertinaz desconfianza frente a los mitos nacionales que puede acumular una historiografía oficial. Como todo revisionista incorregible, Moreno va plagando sus libros con frases como «según la historia tradicional...» o «los historiadores oficiales suponen que...», «... pero la realidad histórica es otra», «lo cierto es que...». Esta idea —plenamente moderna— del saber como una continua desmitificación se percibe en sus textos más difundidos: el estudio sobre José Antonio Saco, los ensayos sobre plantación y esclavitud recogidos en *La historia como arma* y *El Ingenio*, una monumental reconstrucción del complejo agro-industrial del azúcar en Cuba, durante los siglos XVIII y XIX.

En su último libro, *Cuba / España. España / Cuba*, el tono desmitificador se acentúa. Tal vez porque en esta obra la batalla parece librarse en el mismo terreno de la historiografía tradicional. Moreno incursiona en la escritura de una historia general de la isla, a la manera de Ramiro Guerra, Emeterio Santovenia, Herminio Portell Vilá, Leví Marrero y otros historiadores de la época republicana. El libro abarca —sólo explícitamente— cuatro siglos del tiempo cubano: desde la *conquista-colonización*, en las primeras décadas del siglo XVI, hasta la pérdida definitiva de la soberanía española sobre la isla, en 1898. Y aquí salta a la vista la gran diferencia entre este texto y el de la historiografía republicana que, al fin y al cabo, no se ha transformado sustancialmente en la época revolucionaria. A pesar de su narrativa en *longue durée*, Moreno no intenta historiar la nación cubana desde su época formativa. Su objetivo no es narrar el devenir nacional de Cuba a partir de los orígenes coloniales.

En este libro, los cuatro siglos del tiempo colonial aparecen actuando sobre un espacio que no es, fundamental-

mente, *proto-nacional*. Cuba, en términos políticos, es narrada como lo que era: nada más y nada menos que un territorio de España. Se trata, como lo reconoce Josep Fontana en su *Presentación*, del primer intento de historiar a Cuba dentro de España y a España dentro de Cuba. Una interrelación tan decisiva, en el contexto hispanoamericano, que la independencia no llega a verificarse hasta un siglo después. Un vínculo tan intenso y singular que las *élites* criollas, como señala Moreno, nunca, ni siquiera en 1898, logran imaginarse totalmente como los grupos subalternos de un orden colonial. En fin, una interdependencia tan estrecha que José Martí, el líder del último movimiento separatista, dedica un poema a la Madre Patria y los soldados españoles, al final de la guerra, se esconden en el monte para no regresar a la Península.

De modo que Moreno Friginals logra apartarse del paradigma historiográfico nacionalista de la República y la Revolución en la medida en que no recurre al tiempo colonial para describir el nacimiento de la nación cubana. Este escape de la teleología nacional lo consigue reemplazando, en la escritura de la historia, la hegemonía de un discurso político rígido con la de un discurso cultural flexible. Es decir, Moreno, como todo historiador, hace lo que recomendaba Marc Bloch: desenrolla la bobina, va del presente al pasado para narrar, simbólicamente, desde allí. Sólo que su presente, en vez de ser imaginado como una comunidad política cerrada, se lo representa como una comunidad cultural abierta. La nación no es, para él, el resultado político definitivo del devenir de la isla, sino una construcción cultural viva e inconclusa.

Esta perspectiva le permite hacer confluir en el texto varios enfoques historiográficos. Así, por ejemplo, en el acápite «La tierra y el mar», se aproxima a la geografía cultural practicada por la escuela de los *Annales* y, en especial, por Fernand Braudel en su canónico estudio *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En «Corsarios, piratas, contrabandistas y oficios similares» se percibe la influencia de la historia social inglesa, a la manera de Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm, en la que las asociaciones gremiales son entendidas como grupos donde los miembros comparten un imaginario social y una moralidad económica. Los acápites dedicados a la oligarquía azucarera y sus representaciones ideológicas demuestran un uso creativo de la teoría marxista de las clases. Así como los que estudian los ritos culturales de cada estamento social y el imaginario simbólico, generado por la economía azucarera, ilustran una aplicación original de los métodos de la historia de las mentalidades, cuyo paradigma se ha fijado en las obras de Jacques Le Goff, Georges Duby y Philippe Ariés.

Sin embargo, tampoco faltan en este libro los pasajes donde Moreno Friginals regresa a las dos avenidas que predominan en sus investigaciones: la historia económica y la demografía histórica. El acápite «Tabaco, azúcar, ganado» es una pequeña muestra de cómo puede interpretarse, en la mejor tradición de Henri See y Ernest Labrousse, la continuidad económico-cultural de ciertas producciones y mercados. Por otro lado, en «Negros y mulatos: vida y sobrevivencia» y «Un nuevo paisaje cubano» se intenta desmontar el cuadro demográfico

de la isla, durante los siglos XVIII y XIX, a través del volumen poblacional de cada grupo étnico y su respectivo modo de representación cultural.

Llama la atención, en este libro, el eficaz tratamiento del sistema político colonial como un contenido más del orden cultural de la isla. Moreno, al igual que Francois-Xavier Guerra, entiende que en Hispanoamérica la sociabilidad política moderna se inicia a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con las reformas borbónicas y la Constitución de Cádiz. Pero en Cuba, esos años de descomposición del antiguo régimen son, precisamente, los años en que las élites criollas alcanzan una mayor autonomía administrativa dentro del imperio español. Ésta es una de las condiciones que explica la postergación de la independencia hasta fines del siglo XIX.

La pluralidad de enfoques historiográficos se hace acompañar del uso de conceptos provenientes de las ciencias sociales. Las nociones de *modernidad* y *modernización*, en el sentido que les atribuyó Max Weber, son constantemente referidas en el texto. La idea de *semiperiferia*, que aparece en la sociología histórica de Immanuel Wallerstein, es aplicada a la economía colonial de servicios que ofrece Cuba en los siglos XVI y XVII. También los conceptos de *inculturación*, *deculturación* y *transculturación*, acuñados por la antropología, son hábilmente transferidos al estudio de las relaciones de poder entre los distintos grupos culturales que forman la nacionalidad cubana.

Esta apertura conceptual y metodológica del último libro de Manuel Moreno Fraginals contrasta con la rigidez marxista que aún predomina en la historiografía de la isla. Dos de los más creativos historiadores cubanos, Jorge Ibarra y Oscar Zanetti, ya reconocen que la escritura de la historia, durante las últimas décadas de la Revolución, ha caído en un marasmo dogmático que le impide abordar ciertas zonas del pasado.¹ Todavía en un artículo reciente, el historiador de las ideas, Eduardo Torres Cuevas, defiende una *idea* de la *historia* en tanto «oficio con reglas del juego muy precisas», «profesión con perfiles muy definidos» o «ciencia social» autónoma y cerrada, que no debe contaminarse con otras formas del saber. Cualquier infiltración, en el texto historiográfico, de nociones procedentes de la filosofía, la sociología o la antropología; cualquier intelección narrativa o poética de la historia, es considerada como un acto de «paracaidismo» intelectual que desvirtúa el trabajo del historiador.

Frente a esta imagen hermética, gremial y parcelada del saber histórico, que recuerda las peores manías del positivismo burgués, Moreno Fraginals ofrece una lección de apertura y permeabilidad intelectual. Las referencias y documentos que ordenan las interpretaciones del texto son de una diversidad admirable. Junto a las series estadísticas, aparecen coplas, versos, artículos periodísticos, informes, memoriales y grabados. Toda esta amalgama documental se inserta en una narración animada, que prescinde de los rituales académicos de la cita, la tabla, el gráfico y la nota aclaratoria. En este sentido,

¹ Jorge Ibarra, «Historiografía y Revolución», revista *Temas*, Nº I, La Habana, 1995, págs. 5-17; Oscar Zanetti Lecuona, «La historiografía social en Cuba», en la misma publicación, págs. 119-128.

Cuba / España. España / Cuba debe más a las obras históricas del antropólogo Fernando Ortiz, como *El contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco* y su *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, que a los textos canónicos de la historiografía republicana y revolucionaria.

Como decíamos, el amplio registro de metodologías y referencias que hay debajo de este libro asegura una narrativa histórica cuyo fin primordial es despojarse de los mitos nacionales. Moreno desconfía de esa *lógica del cambio* que los historiadores oficiales, en la impaciencia por llegar al presente, atribuyen al orden —sumamente conservador— del pasado. Así, por ejemplo, Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco y otros ideólogos de mediados del siglo XIX, a quienes se considera fundadores de la nación cubana, son caracterizados como representantes tardíos de una cultura criolla blanca, surgida a finales del siglo XVIII, cuyo fundamento es la plantación azucarera esclavista. Este enfoque, que Moreno toma de Raúl Cepero Bonilla y que aparece ya en su temprano ensayo *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, le permite concebir la mentalidad oligárquica del criollismo cubano como una estructura de larga duración, que sobrevive a través del siglo XIX.

El libro está lleno de discordancias similares con la historiografía oficial. Salta a la vista, por ejemplo, el retrato amable de don Tomás Estrada Palma, quien fuera sustituto de José Martí en la dirección del Partido Revolucionario Cubano y primer Presidente de la República de Cuba. En la ideología revolucionaria este personaje es una encarnación de todos los males del pasado: agente del imperialismo, anexionista, corrupto, traidor, etc., etc. Moreno, en cambio, habla de la «vida vertical...», completa honestidad y dedicación absoluta a la causa cubana» de este político. Su juicio no podría ser más comprensivo: «obró de acuerdo a su formación social y cultural, haciendo siempre lo que pensó que era lo mejor». De ahí que arremeta contra aquéllos que «en un acto de soberbia a destiempo derribaron la estatua que le levantó el pueblo de La Habana».

Sin embargo, la mayor desmitificación es que este libro concluya sin un desenlace nacionalista. El último acápite, «La huella indeleble», dedicado a la intervención de los Estados Unidos en la guerra de independencia, se aleja demasiado de la imagen histórica oficial. Aquí Moreno desarrolla la idea de que en 1898, al sumarse los Estados Unidos al conflicto separatista, se desató una intensa comunicación entre españoles, cubanos y norteamericanos que aceleró la integración nacional. Este «acercamiento mutuo» permitió el montaje político de la República, no como una imposición neocolonial, sino como un pacto entre las élites políticas involucradas. Moreno insiste en que dicho entendimiento tuvo un punto negativo: la población negra. Este grupo, que representaba uno de los elementos originarios de la nacionalidad, quedó al margen del pacto republicano.

De modo que el final de la narración se ubica en la caída del orden colonial español. Pero ni siquiera en ese momento, es decir, en los inicios de la época republicana, la nación es un sujeto enteramente conformado. Las tensiones entre los grupos étnicos y culturales se mantienen bajo nuevas formas.

La independencia no interrumpe el proceso de *españolización* de la isla, ni el régimen republicano logra la integración social del negro. Este desenlace abierto, o esta falta de desenlace, permite comprender el devenir cubano más allá de las rupturas simbólicas que la ideología oficial impone. Para Manuel Moreno una historia de la Cuba colonial no es la teleología nacionalista de la Cuba independiente, sino la narrativa de un proceso cultural continuo e inacabado. Por ese camino sus textos van descubriendo el territorio de un nuevo pasado cubano.



LUIS SANTACRU : TODS